

RUBEN VARGAS UGARTE S. J.  
(1886 - 1975)

*Por Augusto Tamayo Vargas*

(Discurso pronunciado en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, en el entierro del Académico R. P. Rubén Vargas Ugarte).

En una conmemoración del Colegio de la Inmaculada y en calidad de ex-alumno pronuncié el discurso de orden y dentro de él repetí unos versos de José María Romana, vencedor de los Juegos Florales organizados entre los Padres de la Compañía de Jesús:

Oh Dios mío! Por qué no puedo quedar  
entre estas sonrisas fáciles  
y estos jardines pequeños?

Y mis frases me llevaban a muchos años atrás, recordando salones donde caía la luz pálidamente sobre altos pupitres y las sombras en ellos de mis maestros muertos. Ya P. Clerk... ya P. Arias... ya P. Abreu... ya P. Gómez... ya P. Fariña... Hoy podría citar algunos más. Y me hallo sorpresivamente ante otro... P. Vargas Ugarte, en el momento en que el tránsito se hace evidencia y el oscuro ataúd

cubre los restos de quien hace 50 años llegó hasta los patios rojizos de nuestro viejo colegio, trayendo, con su nacionalidad peruana entre las manos, la sabiduría acumulada en sus años de estudio en Granada, Málaga y Barcelona, desde que partiera del noviciado de Quito al que había entrado por el año 1905. Veinte años después regresaba hacia América, sacerdote y profesor. No fue directamente mi maestro. Alumno entonces de primaria sabía sí que enseñaba nuestra Historia Patria y que había despertado el entusiasmo por el conocimiento de ella, con su grave voz de resonancias oraculares. Bajo sus enseñanzas se abrieron horizontes en ese camino y despertó vocaciones por la investigación de la cultura peruana. Pasó a Bolivia y regresaría a ser Catedrático y Decano de Letras de la Universidad Católica y Rector de la misma, manteniéndose en ella hasta 1952. Tampoco estuve entonces a su lado ni recibí de cerca las luces de su sabiduría porque fui y he seguido siendo un sanmarquino. Pero era siempre una especie de sombra venerable en propia vida que se proyectaba hacia mi inquietud, hacia la inquietud de nuevas generaciones de profesores universitarios, hacia la vocación por escudriñar la cultura del Perú que él había investigado con paciencia y difundido en un rico manantial de libros, donde está más viva y presente esa terca erudición que la palabra espontánea o que la acción creadora de la literatura. Investigó con tenacidad y con la antena alerta al descubrimiento y su evidente sapiencia estuvo presidida por la constancia lúcida y por una seria convicción de hallar las trochas que conducían a sus metas. Accidentalmente fue Presidente del Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Director de la Biblioteca Nacional, pero ello quitaba tiempo a la inquietud aunque paradójicamente serena calma de su acción de gabinete de investigación, de viajero por bibliotecas ajenas y propias, ya que él formó una hermosa y nutricia entre

las paredes del viejo convento de S. Pedro. Tuvo una larga vida: 89 años; y como los viejos eruditos de Grecia o de Roma, los Tucídides o los Varrón, almacenó tanto conocimiento que parece increíble que hubiera tenido tiempo suficiente para escribir tanto, y a la vez escribió tantísimas obras que parecía imposible que el tiempo le alcanzara para leer y perseguir tantos tratados, realizar tan tesonera búsqueda del dato preciso en la inmensidad de los infolios. Porque Rubén Vargas Ugarte perteneció al mundo de las grandes bibliotecas, aunque no hubiera sido inhábil para sumergirse en una moderna sala documental hecha por computadoras y microfílm que él mismo hubiera podido organizar. Era una encina de vieja cepa, pero no estaba ajeno a convertirse en sensible fibra de película. Sobre el caudal de sus aguas caían espesos musgos graves, pero recibían al par la claridad tornasol de límpidas vidrieras.

No voy a recordar su vasta bibliografía. La saben todos los que aquí lo rodean con aprecio o devoción, los que lo respetaron aunque estuviéramos en tantas y variadas tiendas de campaña. Nos unía el culto por la cultura. Y en mi caso particular no podía dejar de frecuentar su magna "Historia General del Perú"; sus "Clásicos peruanos"; la "Biblioteca Peruana" de 12 volúmenes que incluye manuscritos alusivos al Perú de bibliotecas del mundo y también impresos múltiples sobre o de nuestro país; las citas prolijas de "Nuestro Romancero"; su "Diccionario de Artífices Coloniales de América Meridional"; su ensayo sobre "Los jesuitas desterrados en Italia", que llevaba al estudio de Viscardo y a los albores de la campaña ideológica de la independencia de los pueblos hispanoamericanos. Como Miembro de la Academia Peruana de la Lengua, cuya representación me ha sido confiada en este homenaje, no puedo dejar de recordar el discurso que pronunciara para su incorporación a ella, en 1942: "La elocuencia sa-

grada en el Perú de los siglos XVII y XVIII”, entre cuyas líneas asoma con nítidos caracteres “El Lunarejo”, figura clave de indio peruano que hablaba de Góngora y de Gracián. Como Presidente de la Sociedad Bolivariana del Perú no puedo dejar de mencionar su bolivarismo, su sentimiento de hombre de Hispanoamérica que sabe que las historias y las ideas de nuestros pueblos se confunden en un mismo y difícil camino, sin que sea esto óbice para tener devoción por lo que es íntimamente nuestro, en la profunda raíz de “lo particular”, sea en el extenso campo del estudio total de nuestra propia Historia, ya en el pequeño aparte que significa la biografía de Ramón Castilla por ejemplo. Tampoco me sería dable recordar cada uno de sus títulos honoríficos, de las instituciones que lo habían acogido por su valer y obra; pero sí cabe destacar que mereciera el Premio Nacional de Historia “Inca Garcilaso de la Vega” de 1954 por su tarea general de historiador, en un caso excepcional sin que él se presentara a concurso alguno, como debía ser en realidad la dación de cada premio: reconocimiento de la obra cumplida y no escogitación de libros o manuscritos inéditos entregados por sus autores venciendo el pudor que muchos tienen al hacerlo.

Le ha cabido a la Academia Peruana de la Lengua la triste experiencia de ver en contados años desaparecer de su seno a personalidades como Honorio Delgado, Juan Bautista de Lavalle, Felipe Barreda Laos, Mariano Iberico Rodríguez y ahora Rubén Vargas Ugarte. Todos ellos valerosos hombres de nuestra tierra —en su doble significado— entregados al quehacer no del conocimiento para deleite propio sino maestros en la acepción más hermosa del vocablo, creando y suscitando interés por el estudio del hombre, de su existencia, de sus problemas, de la sociedad, de la conjunción de ideas y sentimientos que forjan una comunidad. No son los intelectuales orgullosas torres de marfil sino ventanas anchas y abiertas. Y no es con

individualista gesto que viven entre sus semejantes, sino, por el contrario, con amorosa comprensión fraterna extienden a los demás la sangre bebida para que todos sean miembros de una misma entidad cultural con un acervo común que nos incita y nos hace dignos de vivir en conjunto, trabajando cada uno en lo que es capaz.

Ante un maestro, ante un amante de la investigación histórica pero a la vez copioso expositor de sus ideas, divulgador abnegado y paciente de un mundo que él recogiera y vertiera con generosidad, rindo mi homenaje humilde y asumo también la honrosa representación de la Academia Peruana de la Lengua para que ese homenaje alcance la dimensión que Rubén Vargas Ugarte merece.



*Alberto Ulloa Sotomayor*